

afligidísima, con los ojos arrasados de lágrimas, la mano trémula de frío, desmayadas y abatidas las fuerzas, escribía la desolada princesa en frases amarguísimas á los señores de las Indias su desgracia, lamentándose, no tanto por ella misma como por los fieles criados á quienes no podía dar un cuarto y que, creyendo acompañarla en el dintel de alto y espléndido trono, la acompañaban tristes en la soledad y en la miseria! Mientras tanto tratábase entre los reyes ingleses y españoles de si habian de dar los unos el resto de la dote prometida, ó si habian de quedarse los otros con el resto de la prometida viudedad. Y en tales tratos, en tales arreglos, el objeto de todos los choques, el blanco de todas las iras, el escollo donde los remolinos de hiel se juntan, es la infeliz Catalina de Aragon.

En estas, comprendió Enrique VII que lo mas útil á su reino y á su reinado resultaba la retencion de la dote, de la viudedad y de la persona de su nuera; y comprendió Fernando V que, en las eternas rivalidades con Francia, lo mejor y mas útil á su política era guardar por medio de su hija la estrecha y cordial alianza con Inglaterra. Las negociaciones llegaron tan léjos y tuvieron tal carácter que Enrique VII se presentó en persona, muerta su mujer Isabel, como pretendiente á la mano de Catalina, horrible pretension, la cual llegó á indignar con verdadera indignacion á los Reyes Católicos. Por fin hubo una especie de convenio preliminar de la boda. Fernando é Isabel, que nunca creyeron el matrimonio de su hija consumado á causa de la corta edad de Arturo, y que siempre la imaginaron viuda y vírgen al mismo tiempo, comprometíanse á recabar de Julio II la dispensa necesaria para que contrajese matrimonio con su cuñado, al cual entregarían doscientos mil escudos como dote de su mujer y á cuya reivindicacion renunciarían por completo hasta en el caso de que se repitieran iguales incidencias que las sucedidas en el triste matrimonio con Arturo. Los padres de la novia que habian ya entregado á esta cien mil escudos para sus primeros desposorios, asegurábanle otros cien mil en barras de oro, en vajillas de plata, en joyeles de pedrería. La impaciencia por cumplir este tratado tomó tal intensidad en los Reyes Católicos, que presentaban como hipoteca del cumplimiento sus bienes particulares y hasta los bienes de sus súbditos. A su vez el Rey de Inglaterra sintió tal desconfianza que hizo estudiar por expertos oficiales las joyas á ver si correspondían al

precio en que estaban tasadas. Catalina, en verdad, ni quería quedarse en Inglaterra, ni quería contraer matrimonio con el príncipe de Gales; mas, una vez dada la dispensa por el Pontífice, resignábase, comprendiendo que la resignacion es una de las virtudes mas indispensables en sus altos destinos, á servir de nuevo eje á las combinaciones políticas de sus augustos padres.

Pocos asuntos históricos tan complicados como el matrimonio de Catalina de Aragon, causa ocasional de la Reforma religiosa en Inglaterra. Unas veces intervienen los teólogos y dan opiniones encontradas y contradictorias; otras veces los príncipes mismos comprometidos al futuro enlace ó lo resisten con grande resistencia ó protestan en papeles secretos de las palabras dadas y de los juramentos ofrecidos en escrituras públicas; ya traban nuevas relaciones; ya idean nuevos matrimonios; y de todas suertes, entrelazan los negocios diplomáticos con tal enmarañamiento, que solo podían tener tristes salidas, funestos desenlaces. Muerta la Reina Isabel de Castilla, se agrava todavía mas la triste posicion de la princesa viuda de Gales. El envío de la dote prometida se retarda; y con este retardo se aumentan las molestias causadas y las ofensas inferidas á la infeliz española. Sobre si el deudor de la dote, separadas temporalmente las dos coronas que habia reunido el matrimonio de los Reyes Católicos, era el Rey de Castilla ó era el Rey de Aragon, armóse tal especie de litigio que Enrique VII quiso revocar todas sus promesas, revocacion, quizás cumplida, de no resistirse la voluntad ya formada y firme del nuevo príncipe de Gales. En esto Felipe el Hermoso muere; y Enrique de Inglaterra piensa ¡parece imposible! casarse con doña Juana la Loca. Nada prueba tanto la subrogacion de todos los afectos del ánimo á las ideas políticas como el pensamiento y el proyecto de un Rey, que por aumentar sus Estados, no tiene ningun escrúpulo de casarse con una princesa infeliz, sumida en el dolor, anegada en mares de lágrimas, que llevaba por montes y por valles el cadáver insepulto de su esposo y que creía capaces á todas las mujeres, en su demencia y en sus celos, de apasionarse locamente de aquel frío esqueleto. Catalina, que en el arribo á Inglaterra de los archiduques doña Juana y don Felipe, se mostrara ceremoniosa y reservadísima con ambos, no dudó en escribir sobre tan extraño asunto á su familia y mover la voluntad misma de su padre. Este, doble siempre, tanto en sus acciones como en sus

palabras, contestó á los ruegos de su hija con promesas inciertas, que, en el fondo, resultaban verdaderas evasivas. Enrique maquinaba todas estas cosas, cuando ya la muerte iba acercándose á su persona enferma y achacosa. Y sin embargo, la echaba de jóven, de robusto, de galan, é iba de cacería en cacería y de sarao en sarao, como si quisiese asustar á la muerte y ahuyentarla con la regocijada algazara y el continuo movimiento. Nada pudo, sin embargo, para contrastar el destino; y murió cuando, frustrado su matrimonio con doña Juana la Loca y herido su corazon, acrecentaba los tormentos de Catalina, y sin querer casarla con su hijo por un triste sentimiento de venganza ni querer devolver la dote ni entregar la viudedad por un triste sentimiento de avaricia, retenia como cautiva en soledad y apartamiento á la infeliz, cuyo estado apenaba en términos al Rey su padre, que á pesar de su frialdad, se enfurecia hasta idear una declaracion de guerra implacable, horrible, inmediata, con todo esfuerzo y brio, á su desnaturalizado yerno.

El 9 de mayo del año 1509 magnífico carro, pomposamente decorado, arastraba por las calles de Lóndres los mortales despojos del rey Enrique VII, tendidos sobre magnífico tisú de oro, y ornados con el cetro y la corona de Inglaterra, conduciéndolos á la última morada, al régio sepulcro, en torno del cual rompian los magnates sus bastones con estrépito, arrojándolos despues de rotos sobre el ataúd con tristes y larguísimos lamentos. A Enrique VII sucedió Enrique VIII. Pocas veces ascendió al trono rey alguno bajo tan buenos auspicios. En efecto, apresó á los acusados de cohechos y exacciones; congregó en torno suyo los sabios mayores de su tiempo; nombró ministros de verdadera inteligencia y actividad, á cuyo frente puso al célebre Warhan, que devoto de suyo, asistia por necesidad y por costumbre á las ceremonias religiosas; diplomático, escuchaba con atencion á los embajadores y les respondia con prontitud y habilidad; cortesano, encabezaba los banquetes donde se reunian á centenares los convidados; y parlamentario, se asentaba en el saco de lana para presidir las Asambleas y encender ó calmar los debates. Necesitaba en esta situacion el Rey fundar su familia y asegurar su posteridad. Consultado el Consejo, inspiróle á una la idea de enlazarse con Catalina. El jóven Rey admiraba la santidad de aquella singular mujer, la dignísima paciencia con que soportara las mayores tristezas de

la vida, su parecido á la magnánima reina Isabel, cuyas virtudes resplandecian aun mas sobre sus sienes que cuantas coronas pudieran darle todos los reyes del Universo y cuantas honras pudiera ofrecerle nuestro bajo mundo. Por fin, movido de tales respetos é inclinado á su cuñada que conservaba á la sazón todo el prestigio de su casta hermosura, casóse con ella el 11 de junio de 1509, siete semanas despues de la muerte de su padre, obligándola á llevar el traje blanco y la cabellera suelta usuales en las doncellas, á fin de mostrar que, si habia sido esposa de derecho, no habia sido esposa de hecho del difunto príncipe de Gales. Las fiestas reales menudearon en honor de semejante boda; los gentiles-hombres lucieron sus insignias y sus preseas guardadas en tiempos del sórdido Enrique VII; las damas sacaron sus brillantes en festividades sin término; el jóven Rey, apuesto y robusto, mostró en cien torneos sus aptitudes clásicas que le confundian con Apolo y sus artes caballerescas que le daban el aspecto de un guerrero legendario de la tabla redonda ó del santo grial; mientras la reina Catalina, antes tan triste y ahora tan amada, circuida de damas hermosísimas, entre jardines sembrados de gayas flores, y bajo tiendas compuestas de ricos brocados, recibia la corte de caballeros armados de punta en blanco; de peregrinos que decian volver desde Compostela en procesion á Inglaterra; de poetas que entonaban loas en las cuales se solia comparar al Rey Enrique VIII, por su poesía con Amadis de Gaula, por su valor con Ricardo Corazon de Leon, por su gracia con Eduardo III; alabanzas justificadas por el jinete habilísimo en alazan apuesto, caracoleando con actividad en torno de las damas, luciendo su destreza en las armas, ostentando gentilmente las blancas plumas que desde la negra gorra, de brillantes recamada, caian sobre sus espaldas y le daban el aire de uno de aquellos héroes divinizados por las leyendas y por los romances de la Edad media.

¿Quién habia de decir que este matrimonio iba tristemente á romperse? La infeliz Catalina estaba por el destino como señalada tristemente á la terrible adversidad. Privaba entre los privados del Rey principalmente el cardenal Wolsey, en quien ponía Enrique toda su confianza. Dueño, mas que ministro, de un monarca; príncipe purpurado de la Iglesia universal; sus ambiciones crecian á medida que estaban mas satisfechas, y en su afán de am-

bicionar, ambicionaba la corona pontificia. Mantúvole tamañas esperanzas, por razon de intereses políticos, el Emperador Cárlos V; y en tres elecciones sucesivas de Papas apareció el nombre del Cardenal de Inglaterra, y fué casi unánimemente desechado. Wolsey no perdonó jamás á Cárlos V el engaño; y se propuso desahogar la venganza propia de los corazones bastardos en la inocente Reina de Inglaterra. Bajo esta maniobra ocultábase el propósito, profundamente diplomático, de separar sin esperanza y sin remedio á Enrique y Cárlos unidos por afinidades de política y por lazos de familia. Estudiando, pues, el astuto Cardenal todos los medios conducentes á su desquite, y atisbando todas las ocasiones de cumplirlo, sorprendió la contrariedad que sentía Enrique VIII por haber visto morir á todos sus hijos varones á los pocos días de nacidos. Nada mas fácil que deslizar en ánimos supersticiosos la sospecha de que aquel malogro de tantos régios príncipes, consuelo de sus padres y esperanza de sus pueblos, provenia de que el matrimonio de Catalina con el hermano de Arturo, su primer marido, era realmente un terrible incesto. Todas las eminencias sociales dan vértigos; y en todos los vértigos se ocultan verdaderos remordimientos. A los escrúpulos de Enrique VIII por los recuerdos del primer matrimonio de su esposa, uníanse los horrores de Catalina por el recuerdo de que un príncipe real habia muerto bárbaramente inmolado en aras de la seguridad del trono recibido por los dos con quienes compartiera su vida. En estas mutuas tristezas la vejez prematura venia sobre la Reina, mucho mayor que el Rey; y á la vejez prematura se unian crónicas enfermedades, que quitaban toda esperanza de nueva sucesion al matrimonio y de posteridad masculina al trono de Inglaterra. La única prenda de amor, sobreviviente á los terribles golpes del destino, que habian ya inmolado á dos príncipes recién nacidos, era la niña sombría y luctuosa, que mas tarde reinó con el triste nombre de María la sanguinaria. Esta tristeza del régio matrimonio llevó á Enrique hasta separar su lecho y su habitacion del lecho y de la habitacion de Catalina.

A pesar de esto, no pensaba, no, en divorciarse. Las severas virtudes y las buenas prendas de la reina Catalina inspirábanle el respeto religioso, que inspira siempre la virtud, aun á los mas corrompidos y mas viciados en los placeres del mundo. Pero Wolsey estaba perseverante á su lado,

inspirándole con el letal aliento de sus venganzas las mas aviesas ideas. No atreviéndose á llevar por sí solo el peso de tanta intriga, dirigióse al confesor del monarca, y le imbuyó el pensamiento de deslizar alusiones mas ó menos veladas á la enormidad del incesto en sus pláticas secretas con el régio penitente. Comprometiése tanto el confesor en esta vía, que pidió al Cardenal declarara directamente al Rey su sentir y su pensar sobre la validez del matrimonio. En efecto Wolsey habló con toda la vehemencia de sus nefastas pasiones, y el mismo Rey quedó aterrado de sus pérfidos consejos y le recordó con verdadera ingenuidad las brillantes virtudes de la Reina. Difícil, sin embargo, á un ánimo inclinado fuertemente al mal, desistir del mal, cuando moralmente le obligan y materialmente le fuerzan. Tras diez y seis años de matrimonio, el mismo confesor católico del Rey teólogo imputaba hipócritamente á su señor un crimen semejante al crimen de Herodes, unido en matrimonio á la mujer de su hermano. Parece imposible; mas Enrique VIII mismo, divorciado en espíritu de su esposa, defendia la validez del matrimonio, recordando la dispensa del Papa. Y su confesor, mas captado cada día por los consejos del Cardenal, contestaba que la prohibicion del matrimonio entre cuñados es de derecho divino, y no puede, no, el derecho canónico derogar lo que se halla fundado y estatuido por la voluntad misma del Eterno. En tales aprensiones, el Rey consultó á un profesor de hebreo, el cual quiso de antemano saber cuál era la decision del monarca, si apartarse ó no de su mujer, para darle un consejo apropiado á las resoluciones de su voluntad y á la inclinacion de su temperamento. Todas estas controversias tenian carácter secreto; y no pasaban de las régias cámaras. Pero cierto dia un obispo, un príncipe de la Iglesia católica, adornado además con el carácter de embajador, el obispo de Tarbes, habló pública y solemnemente del putativo incesto. Envióle Francisco I á pedir la mano de la princesa María, hija mayor de Catalina y Enrique. Respondióle afirmativamente el Rey de Inglaterra, con tal de que el Rey de Francia le mostrase que no oponian ningun impedimento canónico á su meditada boda los desposorios en otro tiempo celebrados con la Reina viuda de Portugal, hermana de Cárlos V. Y el obispo, al oír aquella objecion, preguntó con viveza si estaban vencidos los impedimentos religiosos del matrimonio, al cual se invitaba entonces á la princesa María, no estaban ven-